



WILLIAM GIBSON
MONA LISA
ACCELERADA

En el universo alucinatorio del cyberespacio, a la vez lírico y mecánico, erótico y violento, la vida de la joven Mona se cruza inevitablemente con la vida de la famosa Angie Mitchell, que ha sido capaz desde niña de entrar en el cyberespacio sin necesidad de una computadora. Dentro de la matriz una entidad fantasmal —que ha acumulado información para obtener lo que quiere— pretende utilizar a Angie en una trama que ella misma no puede controlar, ni siquiera entender. Mientras tanto, detrás de todo, se mueve la sombría Yakuza, la despiadada y poderosa internacional japonesa que manipula —o cree manipular— gentes y acontecimientos.

A mi hermana,
Fran Gibson,
con asombro y amor...

1

El humo

EL FANTASMA FUE EL REGALO DE DESPEDIDA de su padre; se lo entregó un secretario vestido de negro en una sala de embarque de Narita.

Las dos primeras horas del vuelo a Londres lo tuvo olvidado en el bolso: un rectángulo liso y oscuro, un lado impreso con el ubicuo logo de la Maas-Neotek, el otro ligeramente curvo para ajustarse a la palma del usuario.

Ella iba sentada muy erguida en su asiento de primera clase, con los rasgos armados en una pequeña y fría máscara que era réplica de la más característica expresión de su difunta madre. Los asientos vecinos estaban vacíos: su padre los había comprado. Rechazó la comida ofrecida por el nervioso camarero. Los asientos desocupados la asustaban: evidencias de la riqueza y el poder del padre de ella. El hombre vaciló, hizo una reverencia y se retiró. Muy brevemente, ella permitió que la máscara sonriera la sonrisa de su madre.

Fantasmas, pensó más tarde, cuando sobrevolaban Alemania, mirando fijamente el tapizado del asiento contiguo. Qué bien trataba su padre a sus fantasmas.

También había fantasmas al otro lado de la ventanilla; fantasmas en la estratosfera del invierno de Europa, imágenes parciales que cobraban forma si ella dejaba que su mi-

rada saliera de foco. Su madre en el Parque Ueno, rostro frágil a la luz de septiembre. «¡Las grullas, Kumi! ¡Mira las grullas!». Y Kumiko miraba hacia la otra orilla del estanque Shinobazu sin ver nada, ninguna grulla, tan sólo unos cuantos puntos negros que saltaban y que sin duda eran cuervos. El agua era lisa como la seda, tenía el color del plomo, y pálidos hologramas aparecían y se esfumaban indistintamente por encima de una lejana línea de puestos de tiro con arco. Pero Kumiko vería las grullas más tarde, muchas veces, en sueños; eran origamis, objetos angulosos hechos con láminas de neón plegadas, pájaros brillantes y rígidos que surcaban el paisaje lunar de la demencia de su madre...

Recordó a su padre, la bata negra abierta sobre un huracán de dragones tatuados, inclinado sobre el vasto campo de ébano del escritorio, los ojos chatos y brillantes, como los de una muñeca pintada. «Tu madre está muerta. ¿Entiendes?». Y los planos de sombra del despacho, la oscuridad angulosa que la rodeaba. La mano que se adelantaba, entraba en el ruedo de luz de la lámpara, vacilante, señalándola; el puño de la túnica que se retiraba para mostrar un Rolex de oro y más dragones de crestas que se arremolinaban, formaban olas, olas puntiagudas, oscuras, que le ceñían la muñeca, apuntando. Apuntándole. «¿Entiendes?». Ella no había respondido sino que había echado a correr a un lugar secreto que conocía, la madriguera de la más pequeña de las máquinas de limpieza. Pasó toda la noche oyendo su tictac, explorada cada tanto por estallidos de láser rosado, hasta que su padre la encontró y, oliendo a *whisky* y a cigarrillos Dunhill, la llevó en brazos hasta su habitación en el tercer piso del apartamento.

Recordó las semanas que siguieron, días de letargo acompañados casi siempre por el traje negro de uno u otro secretario, hombres cautelosos de sonrisas automáticas y paraguas esmeradamente cerrados. Uno de ellos, el más joven y menos cauto, le ofreció, en una transitadísima acera

Ginza, a la sombra del reloj de Hattori, una improvisada demostración de *kendo*, deslizándose con pericia de experto entre sobresaltadas dependientas de almacén y turistas de ojos desorbitados, mientras el paraguas negro se desdibujaba inofensivamente por entre los arcos formales y antiquísimos del arte. Kumiko había sonreído entonces su propia sonrisa, rompiendo la máscara funeraria, y por eso se le había clavado instantáneamente la culpa, más profunda y más cortante aún, en aquel lugar del corazón donde ella conocía su vergüenza y su indignidad. Pero en la mayoría de las ocasiones los secretarios la llevaban de compras, a recorrer una sucesión de vastas tiendas Ginza y docenas de *boutiques* Shinjuku recomendadas por una guía Michelin de plástico azul que hablaba en pomposo japonés de turista. Sólo compraba cosas muy feas, cosas feas y muy caras, y los secretarios caminaban impasibles junto a ella, asiendo las bolsas brillantes con manos duras. Cada tarde, al volver al apartamento de su padre, las bolsas eran esmeradamente depositadas en su habitación, donde permanecían, intactas y sin abrir, hasta que las criadas las retiraban.

Y la séptima semana, la víspera del día en que cumpliría los trece años, se dispuso que Kumiko iría a Londres.

—Serás huésped en casa de mi *kobun* —dijo su padre.

—Pero yo no deseo ir —dijo ella, y le mostró la sonrisa de su madre.

—Debes —dijo él, y le dio la espalda y se alejó—. Hay dificultades —dijo al despacho oscurecido—. No correrás peligro alguno, en Londres.

—¿Y cuándo volveré?

Pero su padre no respondió. Ella se inclinó en reverencia y salió del despacho, mostrando aún la sonrisa de su madre.

El fantasma despertó al tacto de Kumiko en cuanto iniciaron el descenso sobre Heathrow. La quincuagésima primera generación de los biochips Maas-Neotek invocaba una figura indistinta en el asiento vecino; un muchacho extraído de algún descolorido grabado de escena de cacería, de piernas desenfadadamente cruzadas, con pantalones color crema y botas de montar. —Hola— dijo el fantasma.

Kumiko parpadeó y abrió la mano. El muchacho titiló y desapareció. Ella miró la pequeña unidad de suave textura que reposaba en su mano y, lentamente, la encerró de nuevo entre los dedos.

—Hola otra vez —dijo él—. Me llamo Colin. ¿Y tú?

Ella lo miró fijamente. Los ojos del muchacho eran humo verde brillante, la frente alta aparecía pálida y lisa bajo un oscuro mechón ingobernable. Podía ver con claridad los asientos del otro lado del pasillo por entre el brillo de los dientes de él. —Si te resulta un tanto demasiado espectral —dijo el muchacho sonriendo—, podemos aumentar la res... —Y permaneció allí un instante, incómodamente nítido y real; la lanilla de las solapas de su abrigo oscuro vibraba con claridad de alucinación—. Aunque así se gasta la pila —dijo, y se difuminó hasta volver a su estado anterior—. No entendí tu nombre —volvió a sonreír.

—Tú no eres de verdad —dijo ella, severa.

Él se encogió de hombros.

—No tiene por qué hablar en voz alta, señorita. Sus compañeros de viaje podrían pensar que es usted un poco extraña, no sé si me explico. Hay que hacerlo de manera subvocal. Yo lo recibo todo por la piel... —Descruzó las piernas y se estiró, con las manos entrelazadas detrás de la nuca—. El cinturón de seguridad, señorita. Yo no necesito abrochármelo, naturalmente, siendo, como usted lo ha observado, irreal.

Kumiko frunció el entrecejo y tiró la unidad en el regazo del fantasma. El fantasma desapareció. Kumiko se abrochó el cinturón, miró el objeto de reojo, dudó, y lo volvió a recoger.

—¿Así que es su primer viaje a Londres? —preguntó el fantasma, materializándose desde la periferia de su campo visual. Ella asintió a pesar de sí misma—. ¿No te molesta volar? ¿No te da miedo?

Ella negó con la cabeza, sintiéndose ridícula.

—No te preocupes —dijo el fantasma—. Yo me cuidaré de todo en tu lugar. Llegaremos a Heathrow en tres minutos. ¿Te espera alguien al bajar del avión?

—El socio de mi padre —dijo ella en japonés.

El fantasma sonrió.

—Entonces estarás en buenas manos, no lo dudo. —Guiñó un ojo—. Al verme no se diría que soy un lingüista, ¿verdad?

Kumiko cerró los ojos y el fantasma se puso a susurrarle algo acerca de la arqueología de Heathrow, del Neolítico y la Edad del Hierro, de piezas de barro cocido y herramientas...



—¿Señorita Yanaka? ¿Kumiko Yanaka? —El inglés se erguía delante de ella, imponente, con su corpulencia de gaijin envuelta en elefantinos pliegues de lana oscura. Unos ojos pequeños y oscuros la miraban imperturbables a través de unas gafas de montura metálica. Tenía la nariz como si se la hubieran aplastado casi por completo y no se la hubiesen recompuesto nunca. El pelo, el que le quedaba, había sido recortado hasta dejarlo como una barba cerdosa, y sus guantes negros de punto estaban raídos y carecían de dedos.

—Mi nombre, ¿sabe usted? —dijo, como si ello hubiese de tranquilizarla de inmediato—, es Petal.

Petal llamaba Humo a la ciudad.

Kumiko tiritaba sobre el gélido cuero rojo; miraba por la antigua ventanilla del Jaguar cómo la nieve caía en remolinos para derretirse en la carretera que Petal llamaba M4. Aquel cielo de atardecer no tenía color. Él conducía en silencio, eficientemente, con los labios apretados como si estuviese a punto de silbar. El tráfico, para unos ojos de Tokio, era absurdamente fluido. Aceleraron para adelantar a un Eurotrans de carga no tripulado, con la proa obtusa poblada de sensores e hileras de faros. Pese a la velocidad del Jaguar, Kumiko tuvo la impresión de que, de algún modo, permanecía inmóvil; las partículas de Londres comenzaron a multiplicarse a su alrededor. Paredes de ladrillos mojados, arcos de hormigón, herrajes pintados de negro que se alzaban como lanzas.

A medida que observaba, la ciudad comenzó a definirse. Fuera de la M4, mientras el Jaguar esperaba en las intersecciones, Kumiko podía vislumbrar rostros por entre la nieve, sonrosadas caras gaijin por encima de ropas oscuras, barbillas hundidas en bufandas, tacones de botas de mujer taconeando en charcos de plata. Las filas de tiendas y de casas le recordaron los accesorios espléndidamente detallados que había visto como entorno de una locomotora de juguete en Osaka, en la galería de un comerciante de antigüedades europeas.

Aquello no tenía nada que ver con Tokio, donde el pasado, todo cuanto de él quedaba, era cuidado con nerviosa solicitud. Allí la historia se había convertido en una cantidad, una pieza rara, parcelada por el gobierno y preservada por decretos y fondos empresariales. Aquí parecía ser la sustancia misma de las cosas, como si la ciudad fuese un monocultivo de piedra y ladrillo, innumerables estratos de mensaje y significado, era sobre era, generado a lo largo

de los siglos según los dictados de algún omnipresente e indescifrable ADN de comercio e imperio.

—Es de lamentar que Swain no pudiera venir a recibirla en persona —dijo el hombre que se llamaba Petal. Kumiko tenía menos problemas con su acento que con su forma de estructurar las oraciones; al principio confundió la disculpa con una orden. Consideró la posibilidad de acceder al fantasma, pero rechazó la idea.

—Swain —aventuró—. ¿El señor Swain es mi anfitrión?

Los ojos de Petal la encontraron en el espejo.

—Roger Swain. ¿No se lo dijo su padre?

—No.

—Ah. —El hombre asintió con la cabeza—. El señor Kana no olvida la seguridad en estos asuntos; es lógico... Un hombre de su talla, etcétera... —Suspiró ruidosamente. —Lamento lo de la calefacción. Se supone que el taller tendría que haberlo arreglado...

—¿Es usted uno de los secretarios del señor Swain? —dijo Kumiko dirigiéndose a los velludos rollos de carne que asomaban por encima del cuello del abrigo oscuro y grueso.

—¿Su secretario? —El hombre pareció considerar el asunto—. No —resolvió finalmente—. No soy eso. —Circundó velozmente una rotonda, dejando atrás relucientes toldos metálicos y la crepuscular marejada de peatones. —¿Ha comido ya? ¿Le dieron de comer en el avión?

—No tenía hambre. —Consciente de la máscara de su madre.

—Bueno, pues Swain le tendrá algo preparado. Swain come cantidad de comida japonesa. —Hizo un chasquido extraño con la lengua. Volvió a mirarla fugazmente.

Ella miró más allá de él, adonde estaba el beso de los copos de nieve y el arrasador barrido del limpiaparabrisas.

La residencia de Swain, en Notting Hill, estaba compuesta por tres casas victorianas interconectadas y situadas entre una profusión de plazas, plazoletas y callejones. Petal, con dos maletas de Kumiko en cada mano, le explicó que el número 17 era la entrada principal también para los números 16 y 18.

—No sirve de nada llamar a ése —dijo, gesticulando torpemente con las pesadas maletas, señalando la pintura roja y brillante y los pulidos herrajes de bronce de la puerta del 16—. Detrás sólo hay veinte pulgadas de hormigón armado.

Kumiko miró hacia la plazoleta semicircular donde unas fachadas idénticas se alejaban siguiendo la discreta curvatura. Ahora la nieve caía con mayor velocidad, y el cielo insípido se había iluminado con un asalmonado resplandor de lámparas de sodio. La calle estaba desierta; la nieve, fresca y sin marcas. El aire frío llevaba algo desconocido, una tenue e invasora sensación de algo que arde, de antiguos combustibles. Los zapatos de Petal dejaban huellas grandes y nítidas. Eran de ante negro, cordones y tacón bajo, punta estrecha y suelas extremadamente gruesas de plástico escarlata corrugado. Ella le siguió las huellas, empezando a temblar, hasta los grisáceos escalones del número 17.

—Soy yo —dijo Petal a la puerta pintada de negro—, abrid. —Luego suspiró. Dejó las cuatro maletas en la nieve, se quitó el mitón de la mano derecha y apoyó la palma de la mano en un redondel de metal brillante empotrado a ras de uno de los paneles. A Kumiko le pareció oír un leve gemido, un zumbido que subió de timbre hasta que se apagó, y luego la puerta vibró con el sordo impacto de pernos magnéticos que se retiraban.

—Usted la llamó Humo —dijo Kumiko cuando él iba a asir el pomo de bronce—, a la ciudad...

Petal interrumpió lo que estaba haciendo. —El Humo —dijo—, sí —y abrió la puerta al calor y la luz—; es una vieja expresión, como un apodo. —Recogió las maletas y avanzó por un vestíbulo alfombrado en azul y de paredes cubiertas por blancos paneles de madera. Ella lo siguió y la puerta se cerró a sus espaldas con un ruido de pernos que volvían a su lugar. Un grabado enmarcado en caoba colgaba encima del revestimiento blanco, caballos en un campo, pequeñas figuras elegantes con abrigos rojos. *Colin, el fantasma-chip, debería vivir allí*, pensó Kumiko. Petal había vuelto a dejar las maletas en el suelo. Sobre la alfombra azul quedaron láminas de nieve compactada. Entonces el hombre abrió otra puerta, tras la cual se veía una jaula de metal dorado. Petal provocó un ruido metálico al apartar a un lado las barras. Ella miró hacia el interior de la jaula, desconcertada.

—El ascensor —dijo Petal—. No caben todas sus cosas. Haré un segundo viaje.

Pese a su aparente antigüedad, el ascensor empezó a elevarse de manera suave cuando Petal tocó un botón de porcelana blanca con un romo dedo índice. Kumiko se vio entonces obligada a permanecer muy cerca de él; Petal olía a lana mojada y a algún tipo de loción de afeitar de esencias florales.

—La hemos puesto en lo más alto —dijo él mientras la conducía por un angosto corredor—, porque pensamos que podría gustarle la calma. —Abrió una puerta y la invitó a entrar con un gesto—. Espero que le guste... —Se quitó las gafas y las pulió enérgicamente con un arrugado pañuelo de papel—. Iré a buscar sus maletas.

Cuando Petal se hubo marchado, Kumiko rodeó lentamente la descomunal bañera de mármol negro que dominaba el centro de la habitación, que era de techo bajo y excesivamente amueblada. Las paredes, que buscaban el techo en agudos ángulos, estaban recubiertas con espejos jaspeados en dorado. Un par de ventanas de gablete flanqueaban la cama más grande que hubiera visto jamás. En la

pared que daba a la cabecera de la cama, el espejo estaba equipado con pequeños focos graduables, como las luces de lectura de un avión. Se detuvo junto a la bañera para tocar el arqueado cuello de un cisne dorado que servía de surtidor. Sus alas extendidas eran las manillas del grifo. El aire de la habitación era cálido y tranquilo, y por un instante la presencia de su madre pareció llenarlo, como una niebla dolorosa.

Petal tosió junto a la puerta. —Bueno —dijo, llevando aparatosamente las maletas a la habitación—, ¿todo en orden? ¿Todavía sin hambre? ¿No? La dejaré aposentarse... —Dispuso las maletas junto a la cama—. Si le apetece comer, llámeme. —Señaló un vistoso teléfono antiguo con micrófono y auricular de latón y manivela de marfil torneado—. Sólo tiene que levantarlo, no necesita discar. El desayuno es cuando usted quiera. Pregúntele a alguien, y le dirán dónde es. Entonces podrá conocer a Swain...

La sensación de presencia de la madre se había esfumado con el regreso de Petal. Intentó sentirla de nuevo cuando él le deseó una buena noche y cerró la puerta, pero se había desvanecido.

Se quedó un buen rato junto a la bañera, acariciando el liso metal del frío cuello del cisne.

2

Kid Afrika

KID AFRIKA ENTRÓ EN Dog Solitude a velocidad de cruce-ro el último día de noviembre; conducía su Dodge antiguo una joven blanca llamada Cherry Chesterfield.

Slick Henry y Pajarito estaban desarmando la sierra circular que constituía la mano izquierda del Juez cuando el Dodge de Kid apareció a la vista, con su bolsa neumática de deslizamiento despidiendo aspas marrones del agua herrumbrosa que se empantanaba en la irregular planicie de acero comprimido que era Solitude.

Pajarito lo vio primero. Tenía buena vista Pajarito, y un monocular 10X que le bailoteaba en el pecho enredado entre huesos de animales diversos y antiguos cartuchos de latón. Slick apartó la mirada de la muñeca hidráulica para ver cómo Pajarito se erguía hasta alcanzar sus dos metros completos y apuntaba hacia afuera con el catalejo por entre la desnuda rejilla de hierro que formaba la mayor parte de la pared sur de la Fábrica. Pajarito era muy delgado, casi esquelético, y las alas de pelo castaño y laqueado que le habían valido el nombre se mantenían extendidas y se recortaban ahora contra el cielo pálido. Llevaba la nuca y los lados de la cabeza afeitados hasta bien arriba, muy por encima de las orejas; con las alas y la aerodinámica cola de pa-

to se veía como si llevara puesta una gaviota marrón desca-
bezada.

—Vaya —dijo Pajarito—, ya la hemos jodido.

—¿Qué? —Era difícil lograr que Pajarito se concentrara,
y aquel trabajo necesitaba un segundo par de manos.

—Es ese negro.

Slick se levantó y se limpió las manos en los muslos del
pantalón mientras Pajarito hurgaba desmañadamente el mi-
crosoft Mech-5 verde alojado en el conector que llevaba
detrás de la oreja: olvidó instantáneamente el procedimien-
to de calibración ocho punto cero necesario para arreglar la
sierra circular del Juez.

—¿Quién conduce? —Afrika nunca llevaba el volante, si
podía evitarlo.

—No puedo distinguirlo. —Pajarito dejó que el catalejo
cayera ruidosamente contra la cortina de huesos y latones.

Slick se acercó también a la ventana para observar el
avance del Dodge. Kid Afrika retocaba periódicamente la
pintura negro mate del deslizador con juiciosas aplicacio-
nes de una lata de aerosol cuyo sombrero efecto era resalta-
do por la hilera de cráneos cromados soldados al macizo
parachoques delantero. En una época, los cráneos huecos
habían llevado luces de Navidad por ojos; tal vez Kid estu-
viera perdiendo su preocupación por la imagen.

Cuando el deslizador se acercaba ya a la Fábrica, Slick
oyó que Pajarito volvía a remover entre las sombras, arras-
trando las pesadas botas entre el polvo y las finas y brillan-
tes virutas espirales de metal taladrado.

Desde atrás de una última y polvorienta daga de vidrio
de ventana Slick vio cómo el deslizador se asentaba sobre
las bolsas neumáticas frente a la Fábrica, gruñendo y despi-
diendo vapor.

Algo hizo ruido en la oscuridad a sus espaldas, y supo
que Pajarito estaba detrás de la estantería de viejas piezas
de recambio, enroscando el silenciador casero en el rifle de
balines chino que usaban para los conejos.